

SECULARIZACIÓN Y NACIONALISMO. REPERCUSIONES SOBRE LA RELIGIÓN

JOSE MANUEL CASTRO CAVERO
PROFESOR DEL CENTRO TEOLÓGICO

INTRODUCCION

La relación que pudieran tener las diversas manifestaciones del nacionalismo con el hecho religioso, no se ha estudiado, entre nosotros, con el empeño que merece la cuestión. Una herencia más que prolonga la rivalidad, ya caduca, entre creyentes y laicistas.

Si nos remitimos a la no-bien-pacificada guerra en Bosnia-Herzegovina entre croatas, musulmanes y serbios, no han faltado analistas que la han descrito, más que explicado, como nueva guerra de religión⁽¹⁾. Con la misma ligereza, tal vez ignorancia o mala fe, hay quien escribe de un terrorismo actual de cuño nacionalista y religioso (¿El asesinato de los monjes trapenses en suelo

(1) J. VALENZUELA, "El País 20 años", número extra de El PAÍS Semanal, nº 1.023 (5 de mayo de 1996), pág. 164.

En una línea parecida (una guerra azuzada por la religión) se expresa el periodista H. TERTSCH, "El mito serbio", en Claves 31 (abril 1993) 20-25; artículo ampliado de su libro *La venganza de la historia*.

Al respecto de esta cita conviene no ignorar la polémica con ocasión del libro de Peter HANDKE, *Un viaje de invierno...*, en el que acusaba a los periodistas de haber tomado partido por los musulmanes y en contra de los serbios, sin haber pisado nunca territorio serbio (Entrevista en *La Esfera*, nº 273 (6 de julio de 1996), pág. 13).

argelino es una acción terrorista imbricada en lo religioso?). Para evitar ambigüedades conviene precisar conceptos. ¿Hasta dónde llega el nacionalismo y cuál es el campo específico de la religión? ¿No tendremos que preguntarnos, más bien, qué tipos de nacionalismos se dan, y en cuál de ellos las religiones toman carta de naturaleza? ¿Existen nacionalismos exclusivamente religiosos? ¿El nacionalismo se alía con la religión por simple azar? ¿Qué vínculos se dan entre el nacionalismo, el patriotismo, el fundamentalismo y el integrismo? ⁽²⁾.

Hay muchas clases de nacionalismo, escribe el teólogo y sociólogo de la universidad McGill de Montreal, Gregory Baum ⁽³⁾. Todas ellas se reducen a dos funciones políticas: una, en la que el nacionalismo cumple con la función de derrocar los órdenes feudales, aristocráticos, más adelante imperialistas y coloniales, con vistas a construir un Estado moderno de ciudadanos; la otra

- (2) Para algún autor el *nacionalismo* aparece por vez primera en los cronistas de las Indias, al comentar con qué ardor defendían sus culturas los indígenas. Para S. GINER, el nacionalismo se asocia en sentido estricto al proceso de modernización, en el que confluyen el capitalismo, la civilización burguesa, el modo industrial de producción y la implantación del estado en su reciente versión política (art. citado, El Ciervo 399 (1984), 7).

No faltan autores que vinculan las identidades nacionales a los procesos de confesionalización tras la Reforma cristiana del siglo XVI (M. TOMKA, en *Concilium* 262 (1995) 973).

El *nacionalismo*, según define S. GINER, “es un estado de conciencia colectiva que afirma la particularidad y privilegios o derechos específicos —lingüísticos, territoriales, políticos, culturales y económicos— de un pueblo y que lo moviliza o intenta movilizar para que los hagan efectivos. Esa movilización crea problemas pues siempre ocurre en detrimento de alguien...” (art. c., 5).

El *patriotismo* es el amor a la patria (*caritas patriae*), y en perspectiva católica (*Gaudium et spes* 75) se considera un deber (AMBROSIO, AGUSTIN y Juan CRISOSTOMO). El nacionalismo, en cambio se ve como *cupiditas intemperantiae*, enemigo de la paz y el bienestar (PIO XI, *Ubi arcano* (1922), *Caritati Christi compulsi* (1932), *Divini illius Magistri* (1929)).

El *fundamentalismo* es un término que aparece con fuerza en los años veinte, en EE.UU., a raíz de una publicación de doce volúmenes titulados *The Fundamentals*, en los que se redactan noventa artículos por teólogos protestantes opuestos a toda relación con el modernismo. El caso ‘Scopes’ introdujo la palabra fundamentalismo en el lenguaje cotidiano norteamericano, al ser juzgado un profesor de biología por enseñar la evolución de las especies. El fundamentalismo se define por la fe en la veracidad de la Biblia (G. KEPÉL, *o.c.*, 150ss). En el fundamentalismo, creer en la verdad se equipara a poseerla.

El *integrismo* vendría a ser la aplicación a una sociedad de un modelo social (Reino de Israel, cristiandad, o Estado islámico) amparado en cánones únicamente confesionales. Para ser más exactos también formaría parte del integrismo aquellos esfuerzos intolerantes para implantar un Estado absolutamente arreligioso. En palabras de A. TOURAINE (*¿Qué es la democracia?*, Madrid 1994), diremos que los movimientos integristas se oponen a la secularización e intentan unir de nuevo el poder espiritual con el poder temporal; este proceso supone la confusión de religión y política. El mismo autor francés precisa: el papel de estos movimientos, “se explica menos por la naturaleza de la religión que por las luchas nacionales y nacionalistas en las que están metidos los países en cuestión. No hay que confundir las implicaciones políticas de una creencia religiosa con la utilización de una tradición religiosa por un poder nacionalista autoritario” (pág. 368).

- (3) G. BAUM, “¿Qué clase de nacionalismo? Distinciones éticas”, en *Concilium* 262 (1995) 1.057-1.068.

En cuanto a las clasificaciones de los nacionalismos, S. GINER, “La radical ambivalencia del nacionalismo” en *El Ciervo* 399 (mayo 1984), págs. 5-7, establece la siguiente: a) religiosos (Polonia, Euskadi e Irlanda), b) mesiánicos (sionismo e islámico chiíta), c) laicos (francés y catalán), d) hegemónicos (soviético, yanqui, francés, británico), e) emancipatorios (estonio, letón, kurdo), f) fascistas.

función, contempla a los nacionalismos desde la órbita del impacto cultural y cómo se lamentan del impacto cultural de la modernidad y, por tal motivo, quisieran recuperar su identidad perdida, sus raíces étnicas, culturales o religiosas. En esta segunda función es donde los vínculos entre nacionalismos y religiones se muestran más entrañados, porque para quienes buscan la 'cueva del mito', las religiones sirven como arcas del tesoro, ámbito que sacraliza la lengua materna, en la que se ora, el patrimonio y las tradiciones culturales en los que se realizan los ritos.

El esfuerzo de todas estas clarificaciones acerca de los nacionalismos entiendo que ha de llevarnos a un objetivo, el de que no todos los nacionalismos son iguales, ni están transfigurados por causas justas y nobles; tampoco es que haya nacionalismos buenos o malos, su ambigüedad los hace ser el regalo del dios Jano (Anthony Giddens, Luis Racionero). Por eso mismo, para poder distinguir, en lo posible, las formas justas de las injustas, el anidamiento del *mal* en los proyectos nacionalistas, sirve este breve ensayo. Al mismo tiempo, nos daremos cuenta de cómo los nacionalismos son un fenómeno más amplio que lo meramente político y sus estrategias de cara a conseguir o mantener el poder. Precisamente por considerarlos desde esta estrecha óptica, se prestan a la confusión; proceder que observamos comúnmente al reducirlos a la lucha política. ¿Qué encantos poseerá el nacionalismo para ser tan cortejado hoy día por los partidos políticos?

Hasta tal extremo es cierto esto, que en Canarias no tendríamos la política (ni los partidos políticos) que conocemos si el nacionalismo fuese una de esas ideas dormidas. Con algunos hechos históricos recientes, que nos sirven de ayuda, vamos a fundamentar los pasos siguientes de nuestra reflexión.

El nacionalismo, en general, tiene siempre relación con el hecho religioso (*cuius regio, eius religio*), ya sea como cantera de votos o en orden a conseguir la plausibilidad del grupo que intenta comandar los movimientos sociales. Aceptando la clasificación de G. Baum, en los nacionalismos de impronta cultural, se acude a lo religioso como fuente de identidad, quizá como la más segura, el campo en el que de modo más puro se ha conservado la cultura propia. El caso árabe y musulmán es paradigmático en esta perspectiva. Pero en el caso hindú, no cabe mayor duda. En el judaísmo el debate ya se conoció a raíz de la *so'a*, (el holocausto de la 2ª Guerra Mundial) entre judíos conservadores y aquellos que pretendieron *asimilarse* a la cultura europea (W. Benjamín tampoco se libró de las garras del exterminio); nada les libró de las cámaras de gas. El cristianismo no está exento de esta vinculación de lo religioso con los nacionalismos. En Francia, por ejemplo, el nacionalismo reconvertido en chovinismo, capitaneado en la actualidad por el frentista Le Pen, se sirve de los movimientos más integristas del catolicismo para defender su identidad

y atacar a las minorías (alguna de sus manifestaciones ha sido encabezada por una joven representando a Juana de Arco).

El puente establecido entre las religiones y los nacionalismos no falta en estas IIª Jornadas; por este motivo me adentraré en otra relación, la que se produce a tres bandas entre el nacionalismo, la religión y la secularidad.

1. CUESTION DE IDENTIDAD. DE LA SECULARIDAD AL NACIONALISMO

La tesis se la debo a Ashis Nandy⁽⁴⁾, autor de más de una decena de obras sobre el tema. No sólo la historia de la India posibilita esta hipótesis, sino que la vemos realizarse en otras sociedades distantes, como son las europeas y canadienses. Viene a sostener este sociólogo y psicólogo de la política, que el secularismo es fuente y causa de la búsqueda de la comunidad tradicional. Esto supone de antes que el secularismo es un producto de sociedades sin secularizar; una vez alcanzado el límite secularizador se retorna a la búsqueda de la comunidad tradicional que libere del desarraigo. Como sostenía F. Tönnies, los lazos comunitarios son primordiales para la vida humana.

A. Nandy explica esta relación establecida entre la secularidad, el nacionalismo y la religión, desde un punto de vista, a mi modo de ver, innovador y muy acertado. Al tomar conciencia las personas de que su sociedad se seculariza cada vez más —que se despoja de la religión y de ideas relacionadas con la trascendencia—, se disponen a una búsqueda de creencias que les den sentido para vivir y, a la vez, las integren en una comunidad tradicional. Con estos pasos se pretende reencantar la vida, recuperar la ilusión, y así se entra en las dimensiones de las creencias, el retorno a unas tradiciones que desafíen el mundo hostil en el que se vive. De esta hipótesis nada encuentro que obvie su aplicación en Europa.

En la India, afirma A. Nandy, mientras lo religioso era intocable, la secularidad se veía como camino de inconformismo, como algo bueno, el remedio frente a tanto atraso y odios religiosos. En cambio, hoy, se ha llegado a identificar socialmente que el *secularismo* implica el declive de la moral pública, y ello como consecuencia de la insensibilidad religiosa. Hasta la vuelta (o atrapamiento) a las sectas de tantas personas (en España más de 200.000), explica el autor indio, se debe no tanto a un resurgir de lo religioso, cuanto a una estrategia de defensa contra la secular.

(4) Ashis NANDY, “*Secularismo, nacionalismo hindú y temores del pueblo*”, Concilium 262 (1995) 1069-1078. Me llama la atención que coincidan en sus hipótesis dos investigadores de sociedades diferentes, la india y la islámica. Para esta última, el artículo de Z. SARDAR, “*Islam y nacionalismo*”, en Concilium 262 (1995) 1079-1088.

El ataque a la mezquita Babri de Ayodhya, durante los días 6 y 7 de diciembre de 1992, se preparó durante siete años antes. Los habitantes de la ciudad no se llegaron a movilizar a pesar de todas las intrigas para alzarlos en una revuelta. Hindúes y musulmanes llevaban conviviendo en la ciudad varios siglos. La paz social la rompieron, por fin, grupos de forasteros, no eran aldeanos, ni tipos de corte tradicional, sino individuos urbanizados, en parte occidentalizados. Una conclusión estremecedora deriva de este suceso: el secularismo, protegido y asumido por el Estado hindú como forma de imponer progreso a la nación, en contra de una tradición de atrasos y odios ancestrales por motivos religiosos, se transforma ahora en el invocador supremo de las esencias de la Madre India, y, se ha vuelto genocida.

En el Sur de Asia, afirma Nandy, la religión se ha convertido en una peculiaridad de los pobres, los débiles y campesinos. El nacionalismo hindú, nacido y educado en la secularidad, ha pagado a sus seguidores con la moneda falsa del desarraigo de sus tradiciones. Ante este fracaso, retornar a los fundamentos del hinduismo supone recuperar la identidad, acceder a una comunidad que te ampara. Así es como se crean nuevas idolatrías, por eso un asesino, que no un loco, llamado Godse mató al antimodernista Gandhi. En la actualidad, esa oposición radical entre el nacionalismo hindú y el hinduismo va a mayores, porque el primero se ha dado cuenta de que si no se apodera del segundo, sucumbe. El nacionalismo secular o hindutva contra Gandhi, el antimodernista hindú⁽⁵⁾.

2. LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

El libro de Gilles Kepel, *La revancha de Dios* (París 1991), estudia los fundamentalismos religiosos vinculados al islam, al cristianismo y al judaísmo. La parte que este estudio ignora con respecto a las religiones asiáticas, lo dejamos apuntado con la aportación anterior del estudioso indio, A. Nandy.

G. Kepel, da crédito a unos datos que para la mayoría no pasaron de ser inconexos en los días que se estaban sucediendo; en 1976 es elegido presi-

(5) Entre la idea de nacionalismo de Tagore y de Gandhi pueden señalarse diferencias, pero nunca oposición. El nacionalismo de Gandhi (por ejemplo con su campaña de la rueca y el khadi) reclama la no cooperación, pero no dirigida contra Occidente, sino contra su civilización material. Para R. Rolland, los dos son universalistas, pero el Mahatma es medieval. El nacionalismo de Rabrindranaz se resume en: 1º, el gobierno inglés de la India era impersonal y eficaz como máquina de tortura; el genio de la India estaba en reelaborar los elementos foráneos recibidos para integrarlos en una síntesis cultural superior; 2º, el moderno culto a la nación traerá funestas consecuencias; 3º, en la India se impone la supresión radical de las antiguas injusticias sociales. Cf., R. TAGORE, *Obra selecta* (Prólogo de A. CABALLERO), Barcelona 1991, pág., 47. C. DREVET, *Gandhi, su pensamiento y su acción*, Barcelona 1969. A. FRAGA, *El pensamiento político de Gandhi*, Madrid 1968.

dente de EE.UU. el baptista Jimmy Carter y en 1980 R. Reagan, ambos esgrimiendo convicciones religiosas para revitalizar moralmente la sociedad norteamericana; en mayo de 1977 Menagen Begin se convierte en primer ministro y los laboristas se quedan por primera vez en la historia del Estado de Israel fuera del gobierno; en 1978 el cónclave de cardenales elige a Juan Pablo II, quizá para reorientar los excesos amparados en el concilio Vaticano II; el año 1979 regresa el ayatola Jomeini a Teherán e instaura la República islámica.

La crisis, o el fracaso, de la modernidad secular se manifiesta de varias formas. Vista desde los pueblos del Mundo Empobrecido, se atribuye a la modernidad secular todas las deficiencias de las que son víctimas. Esta convicción la mantienen las élites culturales y científicas, los graduados en las universidades occidentales, que al regreso a su tierra valoran las señas de identidad y pretenden defenderlas del acoso de un mundo extraño y dominador. No rechazan los valores occidentales, pero sí reivindicán el derecho a actuar de modo diferente, en este caso mediatizado por las enseñanzas coránicas (Tarik Ramdán, *El País* 18-IV-96, pág. 13).

Por sernos más extraño y, a la vez, por la desfiguración que en las sociedades occidentales se da sobre el mundo islámico, voy a centrarme brevemente en la vinculación entre secularidad e Islam en las sociedades árabes y musulmanas, sobre todo en lo que va de siglo. Una obra fundamental, considerada por la mayoría de los estudiosos que he consultado, es el texto de A. Hourani, *Historia de los pueblos árabes* (Barcelona 1992).

Si bien es verdad que el nacionalismo en sentido islámico no existe, ni puede existir (Corán 49,13), sí que ha desarrollado su propia génesis y evolución. El origen lo sitúa Hourani a finales del siglo XIX entre los turcos, árabes, egipcios y tunecinos (*o.c.*, 409-411). Estos movimientos nacionales surgieron por diferentes desafíos, contra la creciente presión colonizadora europea, como resurgir de una cierta conciencia del pasado árabe, esta vez promovido por musulmanes y cristianos de Siria y Líbano, y también, como reacción contra un islam conservador y retrógrado⁽⁶⁾.

Lo que no deja de resultar impactante es la paradoja siguiente. Si el nacionalismo está condenado, como ideología por el islam, ¿qué relación existe entre el nacionalismo y el auge del fundamentalismo islámico?. Demos un paso más, ¿todo nacionalismo, no sólo en la India y entre los pueblos musulmanes, tiene que ver con los nuevos fundamentalismos religiosos?

(6) Z. SARDAR, "Islam y nacionalismo", *Concilium* 262 (1995), págs. 1.079-1.088.

El fundamentalismo incluye a una minoría excluyente, *poseedora* de la *verdad*. Y resulta del fracaso experimentado por el nacionalismo secular y la modernidad llegada de Europa; en palabras de A. Touraine⁽⁷⁾, que ha fracasado la democracia, un fracaso por no crear liberaciones. Los fundamentalistas de hoy son los excluidos y perseguidos de los poderes dictatoriales de ayer, entregados en brazos de Occidente. La diferencia entre fundamentalismo e islam tradicional, es que de una cosmovisión centrada en Dios, se pasa a implantar el islam como un orden mundial que anula las diferencias entre sociedad y Estado, politiza lo sagrado y sacraliza la política.

CONCLUSIONES

Con la ayuda de los autores citados, hasta ahora, podemos concluir lo siguiente: el nacionalismo, quizá más en los pueblos empobrecidos, recurre a las expresiones religiosas autóctonas, no como experiencia espiritual auténtica, sino como ataque y erradicación de una modernidad secular que les ha robado las posibilidades de la igualdad y del bienestar.

Los nacionalismos de corte europeo o canadiense no andan alejados de estos parámetros con respecto a la secularidad. Dejo de lado los nacionalismos salidos de detrás del muro soviético, porque allí la secularización no existió, se trató, en todo caso, de una imposición ateísta desde las estructuras del poder. La Liga italiana de Bossi con su independencia de La Padania, la Frislandia de los Países Bajos, los corsos y bretones en Francia, las mayor autonomía exigida por Escocia, el independentismo de Québec, además de nuestro soterrado federalismo español o el chovinismo ultraconservador comandado por Le Pen. Todos ellos aparecen como más políticos que otra cosa, pero a medida que el movimiento siga adelante se verá obligado a reclamar signos de identidad, y estas fuentes le serán presentadas, bien mantenidas, por los movimientos religiosos más conservadores. De ahí la vinculación a tres bandas, entre secularidad, religión y nacionalismo.

Una cuestión nada baladí, según afirma algún autor⁽⁸⁾, pues lo mismo que se había estudiado el movimiento obrero para saber la marcha de las sociedades, las luchas y progresos, ahora es el tiempo de analizar el movimien-

(7) *¿Qué es la democracia?*, Madrid 1994.

(8) G. KEPEL, *o.c.*, 27 ss.

to de lo religioso, porque en él se resguarda, diríamos, las esperanzas y fracasos, las ilusiones y luchas de los hombres y mujeres de este inicio cercano del siglo XXI. Todo un signo de los tiempos.

José Manuel Castro Caveró